



MARÍA VELASCO

Manlet



PERSONAJES

Hamlet
Medea
Jason
Gertrudis
Ofelia

HAMLET ORIGINAL.— To be, or not to be: that is the question:
Whether 'tis nobler in the mind to suffer
The slings and arrows of outrageous fortune,
Or to take arms against a sea of troubles,
And by opposing end them?

A Diego, mi motor; a Sergio, mi secuaz; a Marta, mi intérprete.

I

HAMLET.— Yo soy Hamlet. Me acusan de hacerme el loco solo porque cultivo el arte de la duda y leo teoría de la conspiración. Porque tengo olfato suficiente para distinguir que algo está podrido en el reino de Dinamarca, en la Zona Euro, y que la célula familiar es una fuerza de catástrofe. La madre de Hamlet opina que Hamlet es raro desde pequeño. Hamlet guardaba sus canicas en una calavera y hacía castillos en la huesera. A su madre le queda la pena de no haberle dado hermanos porque los hijos únicos tienen un 30% más de posibilidades de neurosis. Hamlet, que constantemente se psicoanaliza, cree no obstante que la barriga le pica desde las segundas nupcias de su madre. Pasó toda la ceremonia en la barra libre y, en el momento en el que empezó a sonar el vals, ocupó la pista bailando *break dance*. Ofelia era la chica más *sexy* del convite. Celosas, otras comentaban que el largo de su vestido era más de cóctel que de *brunch*. Pero ese es otro tema. Una clínica privada diagnosticó a Hamlet neurosis maníaco-depresiva. Su madre achacaba todo a que se alimentaba mal y cada mañana le perseguía con un kiwi por los pasillos del palacio real. Hamlet empezó a volcar coches, quemar contenedores, atracar gasolineras. Su padrastro, alertado por estos accesos de rebeldía, propuso mandarlo a un internado británico. Cada noche el príncipe peinaba los espejos retrovisores del Barrio de Salamanca. Intereconomía señaló como autores de los hechos a hordas de aberchales menores de edad. Detrás de cada esquina, un fantasma. ¡El psiquiatra me advirtió que no mezclara antidepresivos y alcohol! Uno con la cabeza en la mano, otro con un gusano pendiente de la fosa nasal, aquel con una florecilla en el agujero de la traqueotomía. Aquello parecía *Thriller*; y yo, el niño de *El sexto sentido*. De vuelta a casa,

pregunté a Gertrud por antecedentes de esquizofrenia en la familia y salió a colación una tía abuela que había emigrado a Francia. ¿Por qué no podamos el árbol genealógico? Está lleno de pulgón. Mi madre me dio la razón: «necesitamos sangre nueva». Toda la noche la pasé oyéndoles hacer el amor. La imagen de mi madre a horcajadas sobre semejante cubo de basura me impidió el sueño. Al día siguiente no salí de mi cuarto ni al posterior. Ofelia, accediendo a los ruegos de mi padrastro, llamó a mi puerta «¡Soy yo!» y se me ofreció como la puta más barata de Montero. Primeramente, humillé su maquillaje: ¡*rimmel* azul! Le dije que llevaba una ceja de su padre y otra de su madre. Y ya que te pones tacones, aprende a andar. La pobre Ofelia, epítome de la vulgaridad de los noventa, saltó por la ventana. Inerte y despachurrada, con la sesera rodeándole la cara como una aureola, resucitó en mí un antiguo deseo. El resto del día me lo pasé jugando a juegos en red violentos.

II

HAMLET.— No es puntual.

GERTRUDIS.— Como siempre llegas tarde, te cité media hora antes. Y mira por dónde, hoy has llegado... pero podías haberte planchado la camisa.
¡Qué sucio llevas el cuello!

HAMLET.— Mamá, no soy un niño. Él tiene más o menos mi edad, ¿no?

GERTRUDIS.— Tú dices que la edad no importa.

HAMLET.— He cambiado de punto de vista.

GERTRUDIS.— Esa chica...

HAMLET.— ¿Ofelia?

GERTRUDIS.— No tenía más de quince años.

HAMLET.— Ahora soy asexual... como un *escargot*.

GERTRUDIS.— El *escargot* es hermafrodita. Tiene micropene y órgano receptivo. Los he visto en el jardín. Copulan cuatro, cinco horas. Después de jugar con los cuernos...

HAMLET.— ¡Basta, mamá! Lo miraremos en *Wikipedia* una vez lleguemos a casa.

GERTRUDIS.— Le dije a Claudio que se quedara a dormir.

HAMLET.— ¿Claudio? ¡Qué nombre!

GERTRUDIS.— Es aristocrático.

HAMLET.— Debieron fusilarlos a todos en la Revolución Francesa.

GERTRUDIS.— Eres hijo único hasta el terror.

HAMLET.— ¿Qué es lo que te sorprende? Si por mí fuera, un veterinario te ligaría las trompas. Esos pechos, esos, me dieron de mamar.

GERTRUDIS.— Si mal no recuerdo, te desteté hace treinta y tres años.

HAMLET.— ¡Él te las chupa?

GERTRUDIS.— Papá quería que yo fuese feliz.

HAMLET.— Seguro que te lo dijo en su lecho de muerte bajo los efectos de la morfina. Es lo que se dice en las películas. ¿Te acuerdas de *Titanic*? «Estoy helada, Jack».

GERTRUDIS.— ¿Quieres que le diga al camarero que bajen el aire acondicionado?

HAMLET.— «Saldrás de aquí, Rose. Prométemelo. Prométeme que te volverás a casar».

GERTRUDIS.— Voy a retocarme un poco.

HAMLET.— ¿Más? Me gustaría que fueses una auténtica bruja.

GERTRUDIS.— Gracias.

HAMLET.— Sin embargo, estás buena.

GERTRUDIS.— ¡Muchas gracias!

HAMLET.— Cuando venías a buscarme a los entrenamientos...

GERTRUDIS.— «El fútbol es un deporte de caballeros practicado por brutos...».

HAMLET.— El capitán, los delanteros, hasta aquel defensa que se follaba los balones, te desnudaban.

GERTRUDIS.— «...Y el rugby es un deporte de brutos practicado por caballeros».

HAMLET.— Había madres más jóvenes, con cardados de peluquería, pero tu coño olía como el de ninguna.

GERTRUDIS.— ¿Cómo pude educarte tan mal? Llevarás la monarquía al último nivel de significación: ¡la caída!

HAMLET.— ¿Ahora tampoco se retrasa?

GERTRUDIS.— Claudio no va a venir, pero no voy a hundirme porque el objeto de esta cena era otro.

HAMLET.— ¿Ah, sí?

GERTRUDIS.— ¿Hay algo que tengas que decirme? Me considero una mujer tolerante incluso moderna.

HAMLET.— ¿Qué intentas?

GERTRUDIS.— Te sabes los diálogos de *Titanic* y desde que dejaste a esa chica...

HAMLET.— Era una loca, una depresiva.

GERTRUDIS.— Eres gay.

HAMLET.— ¿Qué?

GERTRUDIS.— ¡Homo!

HAMLET.— ¿Cómo?

GERTRUDIS.— Lo supe desde que eras pequeño. A mí no tienes que mentirme.

HAMLET.— Pero...

GERTRUDIS.— ¡Esa afición por el teatro!

HAMLET.— No tienes ni idea...

GERTRUDIS.— ¿Asexual como un *escargot*?

HAMLET.— Mamá...

GERTRUDIS.— Te acepto tal cual eres.

HAMLET.— ¿Tienes demencia senil? Las madres producís unas hormonas durante el embarazo que os vuelven locas. Luego ya no volvéis a la normalidad.

GERTRUDIS.— ¿Ves qué fácil es emitir juicios sobre la vida privada de los demás?

HAMLET.— Eres tú la que intenta darme detalles truculentos de lo que haces con ese señor. ¿Realmente estabas hablando de los *escargots*? Solo te ha faltado pedirme que os comprara los preservativos.

GERTRUDIS.— Solo quiero que seamos amigos.

HAMLET.— Eres mi madre, no mi amiga.

GERTRUDIS.— Si te pregunto por Ofelia es porque me preocupo. Pero no tienes que contármelo, si no...

HAMLET.— ¿De verdad quieres saber qué fue de Ofelia? Se taladró el pecho con brocas diminutas.

GERTRUDIS.— ¿Por qué diminutas? ¿Le rompiste el corazón?

HAMLET.— Se lo gratiné, mamá.

III

MEDEA.— Yo soy Medea. Cuando no tengo quita-esmaltes me arranco las uñas. Dicen que mi útero es una cueva oscura con tumores en forma de

estalactita. El Foro de la Familia me envía anónimos. El retrato-robot de mis hijos, cordones umbilicales por correo certificado. Cuando era pequeña vi un documental sobre el aborto para mayores de dieciocho. La pantalla estaba tan roja que creí ser daltónica. Mi único profesor de sexología fue un fraile aficionado al fotomontaje. Un día me mostró la diapositiva de un útero lleno de benjamines. Aquella noche Jasón y yo hicimos botellón en un puente levadizo. De camino al motel, me salté todos los stops y los semáforos en rojo. Atropellé a dos o tres peatones. No tengo que decir que me di a la fuga. Medea ni siquiera había aprobado el teórico, pero de pequeña el rey de la Cólquide la sentaba en su cintura y le dejaba conducir su escarabajo dorado. Jasón no quería usar preservativo. «¿Te gusta el látex?». Medea se pregunta por qué en lugar de hacer fotomontajes y películas *snuff*, aquel fraile no hizo una demostración de producto con un plátano canario. Cuando desperté, Jasón ya se había ido. En la mesita de noche, la factura del hotel, varias multas de velocidad y citaciones en el juzgado. «Desaloje la habitación antes de las once». En días sucesivos la tripa de Medea creció. «Eso es apendicitis», dijo Jasón. Pero la ecografía de la sexta semana no dejaba dudas. Jasón ya había empezado a salir con una pija del colegio mayor. A veces, bronceado como un nuevo rico, iba a ver a Medea y le llevaba presentes. Una camiseta XXL, «estuve en Santa Pola». Medea quiso abortar por autosugestión, montó en bicis de competición y practicó la épica. Medea comía perejil porque era abortiva esta yerba. Medea intentó matar su amor por Jasón. Si se lo imaginaba cagando y lo seguía amando. Quería cortarle el pene y arrojarlo a un contenedor, sin embargo le había dado la vida eterna gracias al cromosoma. Medea pensó en la pija del colegio mayor regalando a sus hijos pornografía tecnológica y se puso en contacto con un abortista rumano. Lo mismo te arreglaba una tubería que te limpiaba los cristales. A la puerta de la consulta, se encontró una manifestación antiaborto. Igual que la noche de autos, pero con una bici sin frenos, atropelló a dos o tres manifestantes. Medea ya no tenía vehículo a motor (ni el escarabajo del rey de la Cólquide ni el Simca 1000 de Jasón) pero podía alcanzar los 200 kilómetros/hora gracias al *amor fou* y la mala hostia. Cuando Jasón se enteró de que Medea había abortado, apadrinó a dos subsaharianos. El Foro de la Familia consiguió que cumpliera condena por homicidio en grado de tentativa y Medea se convirtió en la *quest star* de los sucesos.

IV

MEDEA.— Al menos podrías disimular un poco ¡Esa mujer debe de ser alopécica! ¿Has visto aquel? Le hice frente con la escoba y se encaró. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que todo huele a su perfume, que será de Dior, pero a mí me recuerda a la primera orina. Detesto ese tufo a extraña. Es como una habitación sin ventilar. ¿Y las marcas de carmín? Se nota que es de larga duración. Esa mujer parece Bansky, el grafitero.

JASÓN.— Lo hago por los dos.

MEDEA.— ¿Por los dos?

JASÓN.— Con el dinero compraremos un monovolumen para cuando nazcan los mellizos. Siete plazas...

MEDEA.— ¡Si solo son dos!

JASÓN.— Llantas de aleación de catorce pulgadas, dos puertas deslizantes acristaladas, guardabarros delanteros y traseros...

MEDEA.— ¡Arribista, chaquetero, comemierda! Hasta ellos dan patadas por dentro.

JASÓN.— Aquí a esto le dicen violencia de género.

MEDEA.— ¡Qué pronto has aprendido sus leyes! ¿Se puede legislar sobre el querer?

JASÓN.— Capítulo X. Artículo 90. De los efectos comunes a la nulidad, separación y...

MEDEA.— El día que me tome la venganza, lo haré por mi cuenta y ninguna ley de alejamiento podrá evitar...

JASÓN.— Ya hablaremos mañana.

MEDEA.— ¡Jasón!

JASÓN.— ¿Qué quieres?

MEDEA.— ¿Duermes?

JASÓN.— Ya no.

MEDEA.— No puedo conciliar el sueño.

JASÓN.— ¿Por qué no pruebas a contar ovejas?

MEDEA.— Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

JASÓN.— ¿Puedes hacerlo en voz baja?

MEDEA.— ¡Ay!

JASÓN.— ¿Qué sucede?

MEDEA.— He tenido una pesadilla. Una oveja, la churra, se ha caído y el pastor la ha sacrificado después de violarla. Antes bastaba que me abrazases para... ¿Te has depilado?

JASÓN.— Grosso modo.

MEDEA.— ¿Grosso modo?

JASÓN.— Crecerá pronto.

MEDEA.— ¡Has cambiado!

JASÓN.— He evolucionado.

MEDEA.— Te prefería cuando eras peludo como un mono y hacías rituales bajo la luna.

JASÓN.— ¡Claro! ¡Era más auténtico! ¿Crees que me he traicionado? ¿No es eso? ¿Crees que me he vendido? ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué tengo el culo como la bandera de Japón? Uno debe formar una familia según su conveniencia. Así funciona el mundo, Medea. Si no admites que la relación con tus hijos va a ser mercantil, el desengaño te enterrará viva. Y es mi dinero el que va a estar ahí de visita, no mis dedos, no mi pelo.

MEDEA.— ¿Recuerdas nuestra canción de enamorados?

JASÓN.— Basta ya, Madi. Hay gente que trabaja.

MEDEA.— La noche que nos conocimos, te dije «soy tal» y tú me dijiste «soy cual», y luego yo te dije «puedes llamarme Madi, a las chicas con nombres cortos no se las respeta». ¡No me dejes! ¡Mira! Se ha irritado.

JASÓN.— ¿No podrías utilizar *Aftershave*?

MEDEA.— ¿*After...* qué? La saliva es el mejor antiséptico. Ahora tienes incluso menos que yo.

JASÓN.— ¿Qué dices?

MEDEA.— Ya no puedes recordarlo, pero mi sexo era peludo, peludo como un gato. Hazme el amor, Jasón.

JASÓN.— No es que mi facultad de erección haya disminuido pero...

MEDEA.— Antes teníamos reconciliaciones fogosas. ¿Tú me quieres, Jasón?

JASÓN.— Tú me gustabas mucho. En serio. Lo pasaba muy bien contigo, pero... ¡Mierda! ¡La lavadora!

MEDEA.— He roto aguas, gilipollas. ¿Vas a llevarme al hospital o vas a quedarte a chapotear?

V

OFELIA.— La temperatura del mar en invierno es de unos 5°. 10' son suficientes para morir de hipotermia. En verano, en aguas a 15°, una persona puede aguantar de 1 a 6 h. dependiendo de su constitución.

Ofelia. ¡Oh no! Nunca tuve apellido de soltera. Estatura: 1.50 cm. Peso: 32 kg desnuda, 53 con ropa. A las doncellas se nos educa con el diccionario sumergible de la sumisión: es mejor permanecer quieta, el cuerpo pierde calor cuando se nada y la epidermis puede absorber 6 veces su peso en agua. No he cumplido los 15 años, y mi cadáver parece el de una septuagenaria.

HAMLET ORIGINAL

How terrible you look! Have you seen?

White as a sheet.

She's a necrofile's dream.

The children pricked me with a stick!

To check if I was a mermaid or an eel.

In the sea.

Me infertile.

She's a necrofile's dream.

To be steam, to be steam.

And the rain on your head feel.

Having your brain cleaned.

My spleen.

I miss...

Yes, the rescue team.

I had passed away.

Breathe, breathe, breathe!

Behind each other. «Can I repeat?»

In my lips.

Still, very still.

I wanted to go to the beach.

My rubber ring.

The flip flops.

The sunscreen.

Why didn't you teach me to swim?

Why?

OFELIA

Pálida, muy pálida.

Soy el sueño de un necrófilo.

Me ahogué en el río.

Para comprobar si era ninfa o tritón.

Por el efecto de un tóxico...

...Me volví estéril. ¡Imagínate!

Soy el sueño de un necrófilo.

Flotaba sin esfuerzo, soñaban con...

...Ir arriba, llover sobre tu cabeza.

Como una lluvia dorada.

El fondo marino es...

...Como una cárcel de mujeres.

Me sacó el equipo de rescate.

Estaba muerta.

Pero me hicieron el boca a boca.

Todos.

Me salieron llagas.

Pálida, muy pálida.

Quería ir a la playa, Hamlet.

Pero con el bikini.

Gafas de sol.

Las palas.

¿Por qué no me enseñaste a nadar?

¿Querías mi virginidad?

¡Ven y cógela!

VI

GERTRUDIS.— Ya ves que no me he decidido a transformar tu dormitorio.
¡No tengo tiempo ni dinero! ¿Te acuerdas de tu oso?

HAMLET.— Este peluche podría matar en el acto a un alérgico al polvo.

GERTRUDIS.— ¿Y de tu álbum de cromos? Mira estos pantalones tiroleses.
Con ellos aprendiste a andar.

HAMLET.— Y a caer.

GERTRUDIS.— ¿Te puedes creer que el otro día encontré dos polillas ha-
ciendo el amor en uno de los bolsillos?

HAMLET.— *Escargots*, polillas... Mamá, ¿por qué no te quedas conmigo has-
ta que me duerma?

GERTRUDIS.— ¿No te da vergüenza? ¡Dormí contigo hasta los dieciséis años!

HAMLET.— Me encantaba que me leyese cuentos.

GERTRUDIS.— Debí llevarte al psicólogo.

HAMLET.— Mamá...

GERTRUDIS.— Qué pesado. Mamá para arriba, mamá para abajo.

HAMLET.— ¿Te digo un secreto? Solo a él se lo he contado.

GERTRUDIS.— ¿A quién?

HAMLET.— Al psicólogo.

GERTRUDIS.— ¿Pero vas?

HAMLET.— Una noche, estábamos así, tú y yo, tal como ahora. Te quedaste
dormida.

GERTRUDIS.— ¿Solo una noche? Tu padre estaba negro de celos.

HAMLET.— Te quedaste dormida, pero yo no sabía si el sueño era ligero.
Entonces empezaste a roncar.

GERTRUDIS.— ¡Yo no ronco!

HAMLET.— ¿Eso es lo que te dice Claudio? Pues aquella noche roncabas y
cómo. Cuando supe que estabas dormida, te metí un dedo en las bragas.
¿No te escandaliza?

GERTRUDIS.— Bueno, muchos niños se empalman cuando comparten lecho
con sus mamás. ¿Sabías que un feto de veinte seis semanas puede tener
una erección mientras se chupa el dedo?

HAMLET.— ¡Te quieres callar! Hoy invertimos los papeles. Te voy a contar
yo un cuento.

GERTRUDIS.— ¡Ya es tarde! Me voy a mi cama.

HAMLET.— Había una vez un príncipe triste porque su padre había muerto por
la picadura de una serpiente mientras descansaba en el jardín. Su madre...

GERTRUDIS.— ¿Era por casualidad la reina de Dinamarca?

HAMLET.— Había utilizado los pasteles del entierro como fiambres para las mesas de una nueva boda.

GERTRUDIS.— ¿Querías que me enterraran viva con él?

HAMLET.— Un clavo con otro se quita. El cuento continúa...

GERTRUDIS.— Ya sé cómo termina. ¡He leído a Shakespeare! ¡Y en la lengua original! ¡El asesino es el padrastro!

HAMLET.— En mi historia la madre mata al rey cuando lo olvida.

GERTRUDIS.— Aunque Claudio no hubiera asesinado al rey, aunque hubiera seducido a su viuda por medios honestos, Hamlet lo seguiría odiando, porque lo que desea en secreto es ocupar su lugar.

VII

GERTRUDIS.— Yo soy Gertrud. Conocí a mi segundo marido en un transatlántico de lujo. Allí mismo nos casó el capitán del barco en una réplica cartón piedra de la Sixtina. La ex de mi marido y el animador cultural fueron los testigos. Intercambiamos arras de chocolate y anillos vibradores en lugar de alianzas. Mi hijo Hamlet, que fue a buscarme al apeadero en su deportivo, enseguida atisbó, pese al cuello mao de mi vestido y el autobronceador, un pequeño hematoma en... Anda, hijo, ¿cenamos fuera? Hamlet tira del mantel y acusa a Gertrud: «las perlas están altas dos veces al año, tú, madre, los trescientos sesenta y cinco días». Le digo, mira, Hamlet bonito, no voy a comerme la sopa recalentada. El luto no puede durar siempre y me temo que me gustan demasiado el azul eléctrico y el rosa pastel. Al día siguiente, Hamlet saca del armario todos mis vestidos de corte Chanel y los lleva a la parroquia. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Me arrojarás ácido a la cara como en el Tercer Mundo? En las paredes de mi dormitorio escribe la palabra «padre» en diferentes idiomas. Father, père, padre, pater, vater, *πατέρας*... ¡Gertrud pasó las últimas horas de su juventud en el hospital privado, con el conejo para arriba y el conejo para abajo! Los enfermos exhibían sus malformaciones en el pasillo como las putas sus encantos en el Barrio Rojo. Y mientras, ¿qué hacías tú, eh? Hamlet nadaba todavía en el Aquapark del líquido intrauterino. Hamlet se deslizaba por los toboganes de la sobreprotección materna. Hamlet in-

sulta a Gertrud: «en lugar de parirme pudiste tirarte un pedo». Tienes treinta años, vete de mi casa, ocupa la del vecino, compra un billete de Interrail, eres joven, ponte una camiseta del Che Guevara, pero a mí no me jodas. Cuando voy a ponerme la crema doble acción, descubro que Hamlet ha vaciado mis cosméticos y los ha rellenado con las mismísimas cenizas de su padre. «Basta ya de *botox* y de hilos de oro». ¡Me hierve la sangre! «Pero si tú ya tienes la menopausia, mamá». «¿Ves esta cicatriz?». Bonita cesárea. Tú, deberías sufragar su pigmentación. Hasta para eso tenías que ser especial: yo nazco de nalgas. ¡No es fácil volver a tener un orgasmo después de dilatar diez centímetros en el parto!

VIII

JASÓN.— Yo soy Jasón, un *self-made-man* burgués, un hombre hecho a sí mismo. Jasón aprendió a leer con libros de micro y macroeconomía. Jasón tenía claro dónde quería llegar en la vida y la foto de Carl Schmitt sobre el cabecero de la cama. Una entrevista de trabajo: buscan gente sin estudios y con ambición, yo. Si te quitas la coleta y el *pearcing*, empiezas a trabajar mañana. Medea, que aunque nació en la periferia tiene madera de reina, o al menos de *latinqueen*, exhorta a Jasón para que conserve sus dilataciones y tatuajes. «¡El curro no está bien pagado!». Pero Jasón hace sus cálculos: si empiezo como reponedor, de aquí a cuarenta años, puedo ser el director de la empresa. De empleado a encargado. De encargado a gerente. De gerente a supervisor. Y de ahí, al franquiciado. ¿*Whopper* doble o con queso? ¿Talla X o XL? ¿Con gaseosa o con limón? ¿Por qué el aspecto del victorioso es odiado? Medea asiste a las cenas de empresa en chándal de táctel, se emborracha y me ridiculiza. Correr como un negro, para ganar como un blanco. Correr como un negro, para ganar como un blanco. Correr en bolsa, ganar dinero con acciones, bonos... De un día para otro, Jasón da el «braguetazo». En un juego de *paintball* organizado por el sindicato, Jasón, que dio un cursillo de primeros auxilios en la mili, entablilla el tobillo de la hija del jefe. ¡Quién me iba a decir a mí, que crecí en el extrarradio sin otra diversión que meterles petardos por el culo a los gatos, que acabaría jugando al golf! Creúsa y yo nos enamo-

ramos. Medea, que se imagina algo, deja de tomar la píldora y se hace la descuidada. ¡Quién me iba decir a mí, que no he tomado más que calimocho, que acabaría bebiendo champán con virtutas de oro! Medea me dice que está embarazada... mellizos. Adiós las burbujas. Ese mismo día pido cita para una vasectomía. Cuando Medea se entera, se pone hecha una fiera. «No te saldrás con la tuya, Jasón». Abre el congelador. Junto al sorbete de limón, el sucedáneo de cangrejo y las bolsas de menestra, Medea almacena semen congelado.

IX

MEDEA.— ¿Recuerdas cuando vinimos? Atravesamos la costa de Teguisse. Los peces desde la orilla se reían de nosotros. Tú insistías en hacerme la marcha atrás y yo pensé que si una gota de tu semen, tu esperma, tu chapapote caía fuera, contaminaría el fondo marino y los pólipos y los atunes desovarían cientos de huevas con tu rostro. Yo era feliz en nuestro cayuco, lo tenía como una patena. Pero tú silbabas a cada lancha motora que pasaba a nuestro lado mientras yo vomitaba. «¿Te mareas?». No, creo que estoy embarazada. Luego parí sola, de pie. El cordón umbilical lo corté con los dientes.

JASÓN.— ¿Tienen calor?

MEDEA.— Tienen mal color.

JASÓN.— Déjame verlos.

JASÓN.— Cu-cú. Cu-cú.

MEDEA.— ¿Qué haces?

JASÓN.— También son mis hijos. ¿Dónde está papá?

JASÓN.— No se mueven mucho.

MEDEA.— Tampoco se movían esta mañana. Ni ayer. Los Espartanos, cuando nacía un varón, lo arrojaban al suelo para comprobar si llegaría a ser buen soldado.

JASÓN.— Cu-cú. Cu-cú. ¿Se parecen a mí o qué?

MEDEA.— Sí, Jasón. Si los ponemos en un féretro de cristal, no serán necesarias las pruebas de paternidad.

JASÓN.— ¿Por qué lo hiciste?

MEDEA.— Yo no hice nada. Los engendré y los parí. Antes de que pudiera verlos me los han llevado para perforarles las orejas. Me han dicho que

aún no podía amamantarlos, que mi calostro era malo. ¡Qué absurdo es ese? Yo utilizo semen de ballena como bálsamo labial. Cuando los trajeron de vuelta ya estaban muertos. Los corintios los habían matado. Eurípides los había matado. Ahora son nuestros para siempre. No llorarán. No buscarán atención psicológica. No me degradarán como madre ni como mujer. ¿No estás enfadado?

JASÓN.— ¿Por qué? Capítulo VII. Artículo 82. Punto 2. Es causa de separación cualquier violación grave o de los deberes respecto de los hijos. Soy padre sin las responsabilidades del cargo. ¿Qué haría con ellos? ¿Comprarles un tren eléctrico? ¿Y si me miran? Esa mirada de curiosidad de los hijos de matrimonios anteriores es lamentable.

MEDEA.— ¿Vas a tener más bebés con ella?

JASÓN.— Claro. Mi madre tuvo diecinueve hijos. ¿Qué te hace pensar que tú no puedes?

MEDEA.— ¿Cómo folla?

JASÓN.— Las mujeres de buena familia no follan... se conforman con hacer el amor.

MEDEA.— ¿Y yo no lo soy?

JASÓN.— ¡Si la primera vez que me diste abrazo tuvieron que colocarme el omoplato entre dos ujieres y un bombero! ¿Y aquella vez que me ganaste un pulso mientras me masturbabas con la otra mano? Pero tanta pasión no es soportable en términos bioquímicos, Medea, todas esas descargas de noradrenalina... Decid adiós a papá.

MEDEA.— Mi padre siempre iba y venía de alguna guerra.